

EL AYER, EL HOY Y EL MAÑANA INTERNACIONALES

SOBRE LA HETERODOXIA DEL MARISCAL TITO

Las reacciones moscovitas, en lo que atañe al enjuiciamiento de la experiencia político-social de Yugoslavia, a primera vista causan extrañeza, habida cuenta de que no se inspiran en motivos polémicos, mantenidos dentro de un sistema lógico. La circunstancia de que los dirigentes del Kremlin, en la misma medida en que se suceden los unos a los otros, alteren su posición doctrinal respecto de Yugoslavia, no debe producirnos sorpresa, por cuanto los cambios operados en Rusia para despojarlos de su específica condición de luchas personales entabladas en torno a la conquista y disfrute del poder (que es lo que realmente representan) es preciso revestirlos de propósitos reformadores y rectificantes. Lo que sí induce a la perplejidad es comprobar cómo el mismo dirigente (en este caso Nikita Khrushchev) se desplaza un día a Belgrado para ofrecer al mundo el ejemplo espectacular de una especie de abrazo de Vergara y en cuanto prueba de antistalinismo, y ahora desanda el camino andado y se reinstala en la zona polémica colindante de la excomunión. Este sistema de las duchas escocesas, de cuyas virtudes terapéuticas parecen tan prendados los dirigentes moscovitas, no fué valorado desde el mundo occidental de manera acorde, ya que si para unos intérpretes esa táctica debe incluirse entre los artilugios dialécticos manipulados por los ideadores de la «guerra fría», otros opinan que tales altos y bajos no son, en definitiva, más que el reflejo de un proceso de crisis política, que constituye innegable achaque de la U. R. S. S.; existen, en tercer término, los que arguyen en el sentido de que un diálogo entre el Este y el Oeste está condenado a la ineficiencia, no sólo porque el mundo libre y el satelitizado se expresan

en idiomas distintos, sino por que la conformación mental de los rusos difiere sustancialmente de la occidental, disparidad ya existente antes de 1917 y cuya vigencia no se vió alterada. Cuando los rusos nos dicen que el proceso histórico de su formación política difiere del occidental y alegan en apoyo de semejante tesis, entre otras consideraciones la de su resistencia a dejarse impregnar por el romanismo o la circunstancia de que temporalmente se han anticipado visiblemente a Europa en lo que atañe a la experiencia feudal y a la puesta en práctica del despotismo ilustrado, acaso no resulte fraude dialéctico todo lo que aducen en apoyo de la tesis de la singularidad deparada por la experiencia histórica rusa que, como tal, carece de toda posible pluralización.

Lo cierto es que el diálogo entre Oriente y Occidente apenas se intenta arrancarlo de la esfera de lo inconcreto y se intenta transformar en coloquio específico, por lo menos hasta el presente no ha conocido otro epílogo que el de su impracticabilidad o el de su ineficiencia. Tales elementos de juicio hemos de tenerlos muy presentes, si es que aspiramos a explicar lo que hasta el presente resulta tan difícil desentrañar. Como toda precaución exegética en este caso no nos parecerá nunca excesiva, atenedos a esa medida de prudencia, se ofrecen seguidamente al lector de esta REVISTA una serie de consideraciones por si pudieran encerrar cierta eficiencia aclaratoria. Cuando se habla, justificadamente, de los peligros que entraña el comunismo, en cuanto amenaza de alcance cósmico, los que así tratan de ponernos en guardia, a nuestro entender, generalizan inadecuada y peligrosamente sus advertencias. Es cierto que la amenaza comunista radica en que arrastra como elemento auxiliar el del proselitismo, pero estimamos inadecuado aceptar como tesis la muy difundida de que los dirigentes rusos, atenedos a la práctica de un extraño e inconcebible altruísmo, han desencadenado en 1917 una revolución con el solo designio de montar un inmenso laboratorio de experiencias marxistas químicamente puras. La verdad es muy otra; lo que persiguen los dirigentes moscovitas es el rusificar el comunismo, conformarlo al tradicional mesianismo eslavo y convertirlo, previamente esclavizado, en un poderoso y amenazante instrumento de imperialismo. Un artilugio de tal categoría, para revestir la eficiencia de que quieren proveerlo sus tozudos apuntaladores, precisa alcanzar el total acatamiento por parte de aquellos sectores del mundo hasta donde aspira a extenderse el proselitismo ruso, y así se explica que

todo asomo de discrepancia sea inexorablemente yugulado. En este sentido puede aseverarse que históricamente jamás se ha conocido un imperialismo tan rígido e intransigente como aquel que desde Moscú se propugna y practica. Ello explica adecuadamente un fenómeno al que no se asignó toda la relevancia de que es portador y a tenor del cual los rusos, en sus tácticas reactivas se atienen invariablemente a la siguiente nota diferencial: son drásticos e implacables respecto de los herejes y no muestran una tan acusada inflexibilidad respecto de los infieles; a los primeros los consideran en cuanto desertores, a lo cual adicionan el delito de traición; respecto de los segundos, al reputarlos como adversarios situados habitualmente en un campo político disidente, no les aplican el arma de la excomunión, en primer término porque carecen de títulos para decretarla, y aun pronunciada tal sentencia, ésta carecería de toda virtud eficiente. Ello explica que para los imperialistas de Moscú el más grave y el menos excusable de los delitos no es otro que el desviacionismo, herejía que reputan practicada y en la cual se hallan incursos cuantos se intitulan comunistas y al propio tiempo albergan suficiente osadía para no aceptar los dogmas moscovitas. No es otro el caso en lo que atañe a las relaciones de Rusia con Yugoslavia. Para Moscú, Tito es un hereje y como tal debe ser tratado, aplicándole la sanción condenatoria de la radical repulsa moscovita y como la desigualdad en la relación de fuerzas entre el sedicente ortodoxo y el repudiado hereje es visiblemente acentuada, todo hace presagiar que, en definitiva, Yugoslavia difícilmente podrá prolongar por mucho tiempo su condición de país no alcanzado por el sistema de la satelitización, pero como hasta el presente no se ha registrado tal epílogo el solo hecho de la supervivencia del comunismo nacional yugoslavo, tiene que suponer para Rusia un motivo de honda preocupación no sólo porque el hereje no ha podido ser eliminado, sino por que tal subsistencia inevitablemente tiene que significar un inventivo para aquellos Estados hoy yugulados por Rusia, pero que no se avienen a considerar su esclavitud política como un epílogo irremediable. Es sencillamente el mal de la periferia que tan visiblemente amenaza a Rusia y al análisis de cuyo alcance y significación hemos dedicado reiterados comentarios desde las columnas de esta REVISTA.

Si las anteriores apreciaciones no se consideran como totalmente desdeñables, estaremos en condiciones de encarar debida-

mente este relevante problema concerniente a la crisis abierta en las relaciones entre Belgrado y Moscú, que no sólo encierra un notorio valor simbólico, sino que puede reforzar la tesis por nosotros sustentada, a saber, cómo los dirigentes del Kremlin aspiran a convertir el comunismo, previamente rusificado, en poderoso instrumento de ambiciosas realizaciones imperialistas.

Una adecuada tabla de valores puede servirnos para enjuiciar el problema que estamos considerando, y ese punto de referencia no es otro que un análisis objetivo de lo acontecido recientemente en el Congreso del partido comunista yugoslavo reunido en Ljubliana en los últimos días del pasado mes de abril.

Quienes aspiran a determinar lo que representa la posición yugoslava respecto de los dos mundos posbélicos discrepantes, aluden a la puesta en práctica de una política internacional equidistante respecto del Este y del Oeste, versión notoriamente recusable si se tiene en cuenta que a lo largo del actual período posbélico, y sobre todo a partir de 1948, la distancia entre las concepciones doctrinales de Tito y de los dirigentes moscovitas ha atravesado, cuando menos por tres etapas acentuadamente alejadas entre sí. La excomunión de 1948, para dar posteriormente paso a una política de avenencia de la cual departieron los dirigentes rusos en estos últimos meses. De lo cual cabe deducir que las relaciones entre Belgrado y Moscú se articulan en función de una sucesiva serie de crisis, tanto bajo el signo de la avenencia cuanto como reflejo de notorias discrepancias. Otros intérpretes tras repudiar, por considerarla inadecuada, la tesis de la equidistancia yugoslava respecto de los mundos libre y soviético, consideran más razonable aludir a la posición neutralista de Belgrado, pero si la neutralidad es el fruto específico de dos tácticas simultáneas e inseparables, la de abstención y la de imparcialidad, parece notorio deducir que esa técnica de la inhibición, químicamente pura, constituye un lujo que no está al alcance de ningún Estado en el actual período histórico, que se inicia en 1945. De ahí se desprende una consecuencia: el sedicente neutralismo posbélico tiene que ser necesariamente activo, afirmación que parece ser portadora de una innegable contradicción por cuanto el denominado activismo neutralista sitúa a quien la patrocina como base normativa de acción en una postura notoriamente incómoda y obliga a la puesta práctica de una política internacional que pudiera ser reflejada simbólicamente en la imagen del péndulo. Ahora bien, esta política in-

ternacional pendular, ¿es dable consignarla como practicada por Yugoslavia? A ofrecer una respuesta negativa parece inducirnos esta consideración fundamental: aceptada la división del mundo en dos grandes bloques, el llamado libre y el monolitizado, asoma la evidencia de que Yugoslavia se titula a sí misma como país atenido al régimen comunista. Ahora bien, es precisamente esa similitud de los regímenes imperantes en Moscú y Belgrado lo que explica la aparición del cisma que se inició en 1948, y que, a nuestro entender, sólo puede ser eliminado si un día Yugoslavia ingresa en el sector monolítico del mundo satelitizado o si —supuesto menos verosímil— logra Yugoslavia prolongar su actual posición dialéctica y se transforma en base nuclear y elemento aglutinador de un mundo socialista, liberado de la hegemonía doctrinal y fáctica de Moscú. Si se nos arguye indagando cómo entre dos regímenes políticos, notoriamente parecidos, puede generarse la desavenencia, consideramos que no es imposible replicar adecuadamente a la precedente objeción. A tal fin, reflejemos seguidamente cuáles son las respectivas tesis de Moscú y Belgrado, en lo que atañe a la posibilidad de compaginar el credo del monopolio ideológico, como cimiento de hegemonía política, con la versión de que el socialismo puede y debe ser construido a escala nacional. Recientemente Pospelov nos ofrecía una acertada versión de la tesis comunista rusa, cuando nos hacía saber: los intereses del comunismo mundial pueden requerir que a los mismos sean supeditadas las versiones comunistas de índole nacional. Complementa dicha tesis la reflejada en un artículo del *Komunist*, en cuyas páginas se arguye en apoyo de la siguiente tesis: para un marxista existen problemas respecto de los cuales no puede admitirse cuanto implique posición neutralista.

Esa aludida campaña de reproches ha experimentado notoria agravación al publicar *Pravda*, el 8 de mayo, un extenso artículo consagrado al análisis del problema engendrado en torno a las relaciones entre Belgrado y Moscú. Se acusa a Yugoslavia de practicar una política internacional que contiene paralizantes contradicciones, cuando se hace notar (aludiendo a la ayuda norteamericana) que no es posible construir el socialismo utilizando para tal fin las dádivas de países imperialistas. Se concretan y acentúan los reproches dedicados al Mariscal Tito, acusándole de revisionista y oportunista, así como imputándole la condición de reo de lo que se denomina desviacionismo nacionalista. Todo lo cual, aun cuando

parece específicamente proyectado sobre el campo ideológico, alude a sus posibles consecuencias en el orden político, argumentando en el sentido de que si las divergencias ideológicas se acentúan, inevitablemente repercutirán en la esfera de las relaciones internacionales. De esa tesis de la conexión, ofrecida por *Pravda*, dedúcese en Belgrado que tras esa aparente cortina dialéctica de lo que se trata es de encubrir la voluntad de un país o de un autócrata, encaminada a imponer sus específicas concepciones políticas a un país que pugna por salvaguardar su soberanía.

Difiere fundamentalmente de la tesis moscovita la que parece haber aceptado el partidocomunista yugoslavo. Sustancialmente la posición dialéctica de Belgrado pudiera reflejarse del siguiente modo: el imperialismo constituye una aspiración de tipo expansivo, para cuya puesta en práctica pueden manipularse distintos instrumentos; no sólo se nos ofrece el imperialismo en la forma clásica de la política de las anexiones territoriales o de acuerdo con el sistema de la penetración económica o atendido a la puesta en práctica de las denominadas esferas de influencia, habida cuenta de que en el vigente período posbélico se nos ha ofrecido una nueva forma de imperialismo de tipo proselitista, que cree haber encontrado el específico artilugio para alcanzar la realización de sus designios en la puesta en práctica de un monopolio ideológico, que, aceptado o impuesto, constituiría instrumento eficiente de hegemonía política. Así se enfrentan dos concepciones: una hegemónica, que aspira a retener el monopolio de la definición ideológica, y otra supeditada, y cuya misión ha de traducirse en la muy melancólica de vivir al dictado del omnipotente definidor. Tal contraste sitúa en manos del monopolizador ideológico un impresionante instrumento de realizaciones imperialistas, puesto que quien se erige en definidor inapelable de un determinado credo político-social se reserva igualmente la facultad de caracterizar, con el mismo desembarazo dialéctico, lo que considera como delito de desviacionismo. Así acontece que al hereje no sólo se le repudia, sino que se le maniatada, poniendo en práctica, si ello se estima imprescindible, el sistema de las intervenciones. No ha sido otra la explicación que nos ofreciera Moscú cuando los tanques rusos reinstalaron en el poder al entonces aun más agonizante que maltrecho régimen de Kadar. Aquella experiencia revistió a los ojos de Rusia carácter de prueba definitiva, ya que le fué dable llevarla a cabo.

con absoluta impunidad, garantía de que podrá reiterarla cuantas veces lo considere oportuno.

Frente a esa técnica del monopolio ideológico, como antecedente de la hegemonía política, Yugoslavia se aferra a la teoría, aprobada en el Congreso de Lubliana, de la posible edificación del socialismo, a escala nacional, aspiración que Moscú reputa de notoria y condenable herejía.

Se ha dicho que el régimen de Tito no hace otra cosa que bailar sobre la cuerda floja, y ese trance, al parecer de imposible eliminación, explicaría adecuadamente lo que sería dable denominar práctica del equilibrio inestable. Quienes así argumentan desconocen o fingen ignorar que si el auténtico signo del mundo posbélico es el de su notoria inestabilidad, esa peligrosa situación alcanza, sin excepción y en mayor o menor medida, a todos los Estados, en la fecha que arranca de 1945. Por ello, tanto el impracticable neutralismo químicamente puro cuanto el sostenido a base de increíbles equilibrios, tal vez no sea en el fondo más que exteriorizaciones, más o menos desconcertantes, del achaque de inestabilidad y episodismo que padece el mundo posbélico, y cuyo único fruto perceptible es el de vivir de modo atormentado, situación cruenta que en diferentes dosis alcanza al mundo en su integridad.

La crisis de readaptación o de innovación imperante constituye trance que no todos los Estados valoran de modo coincidente, habida cuenta de que para algunos se presenta con caracteres agudos, en tanto otros viven aferrados a la ilusión de que no les alcanzan tan directamente las salpicaduras de esta situación predramática. En tal sentido, el incremento de la crisis en las relaciones de Belgrado y Moscú parece brindarnos adecuado punto de apoyo para desenmarañar lo que no siempre ha sido diagnosticado acertadamente.

INQUIETUD EN AFRICA DEL NORTE (DE ACCRA A TÁNGER)

Cuando en junio de 1950 se desencadenó la agresión comunista al norte del paralelo 38, la Europa occidental vivía de manera precaria, atendida a la ilusión de que tanto la división de Alemania en dos zonas cuanto el marginalismo germánico podían prolongarse indefinidamente. A la penetración europea no podía ocultársele una notoria evidencia: que la diversificación del mundo libre, al

prolongarse, no sólo deparaba a la U. R. S. S. adecuados instrumentos para fortalecer dialécticamente la técnica de la «guerra fría», sino que en parecida proporción se distanciaba la Europa occidental de cuanto pudiera aproximarla a la recuperación, condicionada, del hasta entonces su malogrado protagonismo. Debía igualmente tener en cuenta el viejo mundo que el protagonismo no podía seguir vinculado a los que padecían obsesión dirigista y su posible instalación sólo alcanzaría la condición de asequible si se posibilitaba el ingreso en la tarea recuperadora a países que, más o menos abiertamente, se les relegaba a la condición de sujetos pasivos.

Nada hay tan pernicioso en política internacional como el percibir claramente la proyección de tangibles exigencias y obcecarse en no otorgarles la beligerancia a que son incuestionablemente acreedoras. El mal de Europa no era otro que el de permanecer impasible ante coyunturas aprovechables cuando de las mismas se hace adecuado uso, pero de imposible reinstalación cuando el tiempo, al sucederse, las transforma en inactuales. El mundo occidental, más que deducir con lógica, acoplaba sus especulaciones a lo que consideraba adecuada excusa de su punible inacción y padeciendo el achaque de las simplificaciones se hacía a la idea de que la presencia de tropas norteamericanas en Alemania exculpaba la pereza europea y podía incluso constituir explicación de la visible resistencia opuesta a aceptar la idea de la inevitabilidad de la readaptación del continente a nuevas exigencias.

Todas aquellas especulaciones se esfumaron al conocerse el hecho consumado de la agresión coreana. En junio de 1950 nadie podía predecir si el conflicto coreano era susceptible de limitación en el espacio o si, por el contrario, las aguas del río Yalu tornarían a enrojecerse; en el segundo supuesto se plantearía a los Estados Unidos una exigencia de imposible diferimiento: necesidad de proceder a la evacuación total o parcial de los efectivos norteamericanos instalados en Alemania para trasladarlos a tierras coreanas. Si tal vacío se producía, en la misma proporción se acentuaría el notorio desequilibrio de fuerzas existente entre el Este y el Oeste. Europa no había previsto lo que parece constituir factor elemental de prudencia exegética, esto es, entrever el futuro ateniéndose a la consideración de que éste raramente constituye continuación de la situación fáctica imperante en el presente. Por lo cual, alarmada Europa ante las posibles repercusiones del conflicto coreano, repentinamente descubrió que el viejo mundo debía referir sus po-

sibilidades de salvación no al insistentemente requerido y logrado auxilio norteamericano, sino a sus propias fuerzas. Es en este clima dialéctico donde apareció la iniciativa de Pleven, formulada con visible improvisación y tendente a constituir un ejército europeo, ignorando, al apadrinar tal iniciativa, que un ejército existe para defender a la nación, pero en este caso no era el Estado el sujeto del problema, sino un entonces nebuloso proyecto de integración europea. Dos años después (en 1952) había de nacer el proyecto de tratado, instituyendo la Comunidad Europea de Defensa y aquel proyecto iba a declinar y procederse a su inhumación en el otoño de 1954. Tal había sido el fruto de un europeísmo no sólo improvisado, sino desligado de las auténticas inquietudes del viejo mundo.

¿Cómo explicar la aparición de esos cuatro lamentables años de historia? Europa, dada de baja en su papel de protagonista, cese visible a partir de 1945, pese a su postración no se avenía a la idea de que un privilegio retenido a lo largo de cuatro siglos debía considerarse como definitiva e irremediamente perdido, y así se hacía la ilusión de que estábamos sencillamente presenciando el desarrollo de un episodio cuya pasajera proyección no podía afectar en definitiva a la permanencia del dirigismo europeo.

Se hablaba en Europa o en nombre de Europa por quienes se sentirían perplejos si alguien les preguntase sobre cuáles eran los poderdantes que les había asignado la misión de dirigentes e incluso no sería menor su indecisión si se les demandaba, cuál habría de ser, en el orden del espacio, esa Europa de la cual se titulaban apoderados. En una palabra, si se trataba de la Europa occidental, precisar dónde comenzaba y terminaba geográficamente esa zona a la cual querían extenderse los supuestos beneficios de una impremeditada integración y si esa tarea delimitadora resultaba factible, precisar si las naciones europeas cuya integración se propugnaba, deberían considerarse o no en función de sus prolongaciones coloniales, ya que si se optaba por desvincular el mundo ultramarino de la planeada nueva Europa, resultaría que en el seno de la misma estarían llamados a convivir Estados carentes de dominios coloniales, respecto de otros que seguirían disfrutando del innegable beneficio que reporta la condición de ser metrópoli. Es verdad que, aun cuando esporádicamente, se había aludido a Euráfrica, pero, en cuanto se intentó despojar esa cita de su evidente imprecisión originaria, los que se consideraban beneficiados no se recataron en

declarar que su concepción —extraña e indefinible— se cifraba, de un lado, en la posibilidad de acentuar la cooperación intereuropea, pero al propio tiempo se hacía saber que el planeado movimiento integrador no podía extenderse al mundo colonial, condenado así al marginalismo, esto es, persistiendo en su condición de elemento apendicular de este o el otro Estado europeo.

En vano intentamos llamar la atención respecto de lo que significaba un proyecto tan increíblemente contradictorio (véase Camilo Barcia Trelles: *El Problema de la Unidad del Mundo Posbélico*, Sao Paulo, 1953), para lo cual hacíamos notar que la Europa integrada, al tornar sus espaldas al problema colonial y aún más concretamente al mundo africano, más se transformaría en lejano plazo en elemento de dispersión que en factor de aglutinación, y sentábamos la precedente afirmación, invocando como posible justificación de la misma, lo que sigue: Si un nuevo espíritu se abría paso en Europa, inspirado en el designio de superar el sistema desactualizado de la soberanía nacional, concebida como prerrogativa hermética y de imposible atenuación, nos parecía inevitable que ese nuevo modo de ser europeo exportase los beneficios de tal idea comprensiva a latitudes africanas, no para convertir el llamado continente negro en triste apéndice de Europa, sino para llevar hasta aquellas tierras la ayuda técnica, la experiencia histórica, la madurez política y el afán de preparar, sin intenciones farisaicas, a esos pueblos para que lograsen en su día alcanzar su inevitable manumisión política, cuando hubiesen adquirido un minimum de madurez y sentido de responsabilidad. Semejante tarea, practicable si se emprendía en nombre de Europa, se nos antojaba menos realizable si las naciones colonialistas se reservaban, como monopolio intransferible, esa misión de encauzamiento para cuya realización no estaban preparadas, ya que parecía inevitable preservarse de la infección del metropolitanismo.

Lo grave radicaba en la consideración de que el problema así planteado no podía ser objeto de diferimiento, por cuanto se registraba visiblemente la aparición de una ofensiva anticolonialista, encabezada por Rusia, iniciativa que incitó a los Estados Unidos a decretar su alineación dialéctica en la misma dirección de Moscú, convirtiéndose así Norteamérica en agente liquidador de imperios coloniales, con estrépito y una inoportunidad que nos parecían notoriamente reprensibles.

Se ha dicho —y la observación no puede ser desdeñable—

que los Estados Unidos, al producirse en tal sentido, no hacían otra cosa que permanecer fieles a lo que había sido su gestación como nación soberana. Norteamérica había sido una prolongación colonial ánglica, logrando la manumisión política merced a su propio esfuerzo y a los Estados Unidos no les era dable desoir las voces de cuantos pueblos colonizados clamaban por alcanzar su manumisión política. A este respecto, y como justificación del tradicional anticolonialismo norteamericano, se citan las siguientes palabras de «No nation is good enough to rule another nation», pero se disloca el sentido de tal apreciación habida cuenta de que lo que condenaba Abraham Lincoln, era el colonialismo imperante en su tiempo, pero no obsta para que juzguemos que no era precisamente ese excomulgado colonialismo el que Europa podría llevar a cabo una vez integrada. Lo cierto es que presionando conjuntamente Rusia y los Estados Unidos, esa plural proyección actuó como visible estímulo de los pueblos supeditados, y lo que normalmente exigiría un lento proceso de evolución política, por parte de los colonizados, se resumió y acortó en términos tales que a tal fenómeno de precipitación era preciso otorgarle la debida beligerancia, elaborando, por parte de la Europa integrada, un plan acorde, y sobre el cual no proyectasen su influjo paralizante visibles contradicciones. Desgraciadamente no sucedió así, y ello se comprueba si recordamos cómo a algunas entidades, carentes de evidente madurez política y faltas de medios económicos para garantizar su soberanía (caso de Libia), se les reconoce como naciones soberanas, en tanto otras más capacitadas (supuesto de Túnez y Marruecos) sólo posteriormente ingresaron en la comunidad internacional ostentando la condición de entidades soberanas. Semejante falta de lógica constituía motivo de explicable descrédito respecto de los que patrocinaban la puesta en práctica de tal sistema contradictorio. Es así cómo en definitiva, se ofrecía en calidad de balance desconsolador, el siguiente: pueblos manumitidos sin haber alcanzado un visible y adecuado grado de madurez política y potencias coloniales que se mostraban incapaces de adaptarse a las nuevas realidades de que era portador el mundo colonial a partir de 1945.

Un explicable instinto de conservación, desgraciadamente no siempre debidamente articulado, posibilitó el que las inquietudes del mundo colonial, originariamente dispersas, se intentasen aglutinar bajo el signo, más negativo que afirmativo, de hostilidad

hacia el mundo occidental, y no faltaban términos sonoros, adecuados, justamente por imprecisión, y así nacieron los consabidos *slogans*, y entre ellos, ocupando lugar preferente, el de la lucha frente al tan reiteradamente invocado imperialismo del mundo occidental.

Es así cómo se inicia la etapa de los congresos afroasiáticos o específicamente africanos, tales como los de Bandung, el Cairo y Accra. A los dos primeros hemos dedicado atención en estas mismas páginas, animándonos ahora el propósito de referirnos al últimamente mencionado, sin perjuicio de considerar también lo que significa la Conferencia de Tánger, que por sus modalidades no puede incluirse en la categoría de Congreso africano.

De las tres conferencias afroasiáticas, o simplemente africanas, reunidas a partir de 1955 (Bandung, Cairo y Accra) aquella que nos parece más merecedora de atención es la celebrada en la capital del Estado de Ghana en los días terminales del pasado mes de abril. Se trata de la primera conferencia específicamente africana, circunstancia que le depara un innegable interés, ya que por vez primera se nos iba a deparar coyuntura para indagar respecto a la posición de los ocho Estados independientes del continente africano (Ghana, Etiopía, Liberia, Libia, Marruecos, República Árabe Unida, Sudán y Túnez). La circunstancia de tratarse de Estados soberanos proveía a la reunión de un carácter oficial, nota específica explicativa de cómo la ponderación se ha reflejado en los acuerdos aprobados en la conferencia de Accra. Al propio tiempo, así como la heterogeneidad constituía elemento característico de la conferencia de Bandung, a la cual asistieron 22 naciones afroasiáticas, delegadas de una masa humana que sumaba 1.000.471.000 habitantes, ahora el número de Estados concurrentes ha sido el de ocho, de los cuales dos no estaban representados en Bandung, porque en 1955 no habían adquirido la condición de entidades independientes (Marruecos y Túnez). Esa contracción indica que en Accra se prestó atención más que al factor extensivo y cuantitativo a las afinidades inmediatas, lo cual no quiere significar que no existan factores diferenciales entre los reunidos, determinados por consideraciones de raza, de religión, de posición económica y de índole geográfica. Estas notas diferenciales se exteriorizaron igualmente en lo que atañe a la respectiva posición de los reunidos en lo que al problema argelino afecta: reacción de visible prudencia por parte de Etiopía, Liberia y Ghana, en

contraste con la tesis solidarista de Marruecos, Túnez, Liberia, Sudán y República Árabe Unida.

Un *slogan* pareció presidir las deliberaciones de Accra: «Africa para los africanos». ¿Qué alcance y significación es preciso atribuir a esta especie de *slogan* programático? A este propósito se ha dicho que Accra, en 1958, corresponde en punto a la toma de posición frente al mundo internacional, a la asumida por Norteamérica en 1823. Si tal similitud se considerase defendible podría aseverarse que en Accra se nos ha ofrecido la primera aportación dialéctica de lo que se ha denominado monroísmo africano. Dicha tesis no puede ser aceptada si previamente no realizamos un análisis comparativo de lo que en este sentido representan las reacciones de Wáshington D. C. en 1823 y las de Accra en abril de 1958. Encarado el problema del parangón entre ambas reacciones, parece adecuado consignar que existen innegables similitudes entre ambos acontecimientos, que podrían ser enumeradas del siguiente modo: 1.º Entre las cuestiones que integraban el programa de la conferencia de Accra, figuraba la concerniente a las actividades subversivas de las potencias extranjeras, esto es, oposición a que dichas potencias puedan exportar al continente africano factores de dispersión y confusión. No era otra el propósito del Presidente Monroe cuando en su Mensaje de 1823 hacía saber que la exportación del sistema político, imperante a la sazón en Europa (el legitimismo de la Santa Alianza y su secuela reflejada en el sistema de las intervenciones), lo consideraban los Estados Unidos como dañoso para su paz y su seguridad. 2.º Así como la Doctrina de Monroe no puede desligarse del contenido del «Manifiesto de adiós», de Jorge Wáshington, de 17 de septiembre de 1796, en el cual se condena el sistema de las alianzas permanentes con Estados no americanos, y se alude a los peligros que representarían para los Estados Unidos el implicarse en las querrelas europeas o posibilitar que éstas alcanzasen en su eco el Hemisferio Occidental; ahora, en Accra, se condena cuanto pudiera representar el conectarse a la política internacional de bloques a ingresar en alianzas militares o adscribirse a los denominados pactos defensivos. Al propio tiempo en Ghana se muestra oposición tanto a tolerar la instalación de bases militares extranjeras cuanto a prolongar las hoy existentes, y si el Mensaje de Monroe de 1823 ha constituido la más visible aportación dialéctica al sistema del aislacionismo norteamericano, en Accra se ha perfilado

lo que pudiera incluirse en la categoría de inclinaciones neutra- listas, sólo que en este caso no se ofrecen teñidas de ese sospe- choso activismo que, en definitiva, significa una inclinación, más o menos disimulada, a las influencias moscovitas. 3.º Norteamé- rica, al decidirse en 1823 por la política internacional de desco- nexión respecto de Europa, a menos de asignar a su acción una significación meramente negativa, debía dotar al Nuevo Mundo de un instrumento adecuado para articular orgánicamente la co- yuntura deparada por las afinidades inmediatas existentes en el Hemisferio Occidental. Es así como en el último tercio del si- glo XIX hacen su aparición las conferencias que originariamente se denominaron panamericanas y que ahora se rotulan como inter- americanas. Ahora, bien, como virtualmente hasta 1945 Norte- américa, atendida a su política internacional aislacionista, no parti- cipó en las organizaciones de alcance universal (como fué el caso respecto de la Sociedad de las Naciones) el bloque trasatlántico no encontró coyuntura para dejar sentir su influencia en los pro- blemas europeos, acción que acaso resultase altamente beneficiosa para la Europa dispersa de la anterior etapa posbélica. Ahora en Accra se intentó proveer de carácter orgánico la acción de los ocho Estados independientes de Africa, para lo cual se acordó reunir conferencias cada dos años, fijándose la próxima para 1960, que habrá de celebrarse en Addis-Abeba. Se prevé, al propio tiempo, el despliegue de una acción conjunta en el seno de la Organización de las Naciones Unidas, propósito que encierra una innegable relevancia y al cual debe prestarse una cuidadosa aten- ción por parte del mundo europeo.

Así quedan enumeradas las que consideramos como notas de semejanza cuando se parangonan los dos monroísmos: el ameri- cano de 1823 y el africano de 1958, pero aun sería posible aña- dir a las ya consignadas otra nota de similitud. Los reunidos en Accra, al condenar las actividades subversivas de las potencias extranjeras y al mostrarse hostiles a cuanto signifique alineación en uno de los dos grandes bloques posbélicos, al condenar las alian- zas militares y la instalación de bases militares extranjeras en el continente africano, lo que persiguen es evitar la intervención directa o indirecta de potencias no africanas, medidas de precau- ción que recuerdan alguno de los extremos del Mensaje de Monroe cuando el Presidente de los Estados Unidos considera toda inter- vención europea en los problemas americanos «como una ame-

naza para la paz y seguridad de los Estados Unidos y como la manifestación de una actitud hostil hacia los Estados Unidos».

Expuestas las similitudes de ambos monroísmos, y para completar el estudio comparativo que ofrecemos a los lectores de esta REVISTA, quisiéramos referirnos a las notas diferenciales que se aprecian al parangonar ambas inclinaciones: 1.ª Decía Monroe en su Mensaje: «Los continentes americanos, por la libre e independiente condición que han adquirido y que mantienen, no podrán en lo sucesivo ser considerados como objeto de colonización en el porvenir por parte de una potencia europea». Con lo cual aludía a lo que podía considerarse a la sazón como hecho consumado: la transformación de las que fueran colonias europeas, en naciones soberanas e independientes; tal manumisión política alcanzaba a la casi totalidad del continente americano, si se exceptúa la circunstancia de que aún supervivían algunas prolongaciones soberanas de Europa, como era el caso de Rusia en Alaska, de Inglaterra en Canadá, Honduras británica, Guayana e islas de sotavento y barlovento y Malvinas, de Francia en Guayana y otras islas y de Holanda en Curaçao. No es ese el caso de Africa, habida cuenta de que en la inmensidad del continente negro sólo ocho Estados han logrado alcanzar su manumisión política. Restan, por tanto, en Africa, una serie de territorios dependientes, la mayoría de los cuales no pueden considerarse en posesión del grado de madurez política necesario para transformarse en entidades soberanas. 2.ª De esa realidad se encuentra adecuado reflejo en las deliberaciones de la conferencia de Accra, ya que allí se alude a territorios considerados en situación potencial de independencia; así se cita a Argelia, las Rodesias, Kenya, Togo y Camerun, no aludiéndose, en contraste, ni al Congo belga ni a las provincias portuguesas del continente africano. 3.ª Uno de los extremos sobre el cual ha recaído acuerdo completo en Accra es el concerniente a condenar cuanto implique discriminación racial, extremo que nos parece muy interesante, por lo que a continuación se inserta.

Se reduce a ocho el número de Estados africanos independientes y en esa reiterada mención percibimos una evidente omisión: aludimos al marginalismo de la Unión Sudafricana. Abstracción hecha de si ese Dominio británico optara un día por erigirse en República y más tarde se decide a separarse de la «British Commonwealth of Nations», hoy, como tal Dominio, constituye una auténtica entidad soberana, tanto en la esfera interna como en la inter-

nacional; incluso no sería inadecuado sostener que su madurez política es más acentuada que la de algunos de los Estados asistentes a las deliberaciones de Accra. Tal condición posibilitaría a la Unión Sudafricana para encabezar un movimiento de liberación de alcance continental. Ello, no obstante, es evidente el marginalismo de una Unión Sudafricana respecto de los ocho Estados de Accra, y si inquirimos cuál pudiera ser la causa determinante del citado marginalismo, la explicación no nos sería deparada por su condición de Dominio británico, ya que a esa misma categoría pertenece el Estado de Ghana, sino por la circunstancia de que en África del Sur una minoría blanca gobernante practica el sistema de discriminación racial; se ofrece aquí un elemento de disparidad que afecta visiblemente a la posibilidad de practicar el llamado monroísmo africano. 4.^a Hemos reconocido la inclinación prudencial que ha constituido factor destacado en los acuerdos de Accra, y si indagamos respecto a las causas explicativas de tal ponderación la explicación puede sernos deparada por las circunstancias que concurren en el Estado de Ghana en cuanto miembro de la Comunidad de Naciones Británicas, y que tal condición previsiblemente se extenderá a Rodhesia. Así Inglaterra conservará un nexo, no por leve menos evidente, y en tal sentido no podrá ser incluida en la misma categoría de otras potencias colonialistas que no han sabido, no han querido o no han podido encontrar (como le fué dable realizarlo al posibilismo británico) medio adecuado para orientar su problema colonial en forma adecuada para evitar el lamentable epílogo de las secciones. 5.^a Al condenar en Accra cuanto pueda implicar adscripción de alguno de los ocho Estados africanos a alguno de los bloques o alianzas hoy existentes, quien en realidad retiraría evidente perjuicio de tal resolución es el mundo occidental, ya que son esas naciones las que aún conservan la condición de naciones colonialistas. Lo que nos interesaría saber es de qué modo Egipto pudo adherirse a la resolución citada y considerarla compatible con sus perceptibles inclinaciones hacia Moscú. 6.^a Norteamérica, patria del monroísmo, por curiosa paradoja, va a registrar las consecuencias adversas que para ella implicaría la puesta en acción del sedicente monroísmo africano. Recuérdese que en Accra se aludió a la conveniencia de llevar a cabo una planificación de índole económica, técnica y cultural, propósitos que se estiman explicablemente adecuados para lograr que la manumisión política no se vea interferida por la

supervivencia de supeditaciones de tipo económico respecto de una potencia no africana. Ello afectará, visible y fundamentalmente, tanto a la Doctrina Truman, reflejada en el famoso punto IV, como a la Doctrina Eisenhower, que aun cuando discernida para ser aplicada al Oriente Medio parecía destinada a convertirse en artificio genéricamente aplicable a pueblos económicamente retrasados. Si estimamos válido el parangón establecido entre los dos monroísmos (el africano y el norteamericano), para valorar lo que representa la conferencia de Accra es por considerar que ese sistema comparativo nos deparaba coyuntura para ofrecer a los lectores de esta REVISTA una versión objetiva de lo que implica ese primer acto, tendente al logro de la coordinación entre ocho Estados africanos. Que entre ellos existen motivos de disparidad, nos parece evidente, pero también reputamos de innegable que en la misma medida en que esos Estados adquieran conciencia de que una acción acorde beneficiaría a todos por igual, llegarán a la conclusión de que es conveniente, en aras del común interés, posponer elementos diferenciales, y si tal eliminación se considera irrealizable, entonces habría llegado la hora de tomar posición respecto de un extremo concreto: si partiendo del principio de la coincidencia, acaso sería indicado indagar si esa similitud debe constituir punto de arranque o epílogo al cual sería necesario llegar a través de un lento proceso de revisión de las tesis en presencia. Todo ello no obsta en modo alguno para que concedamos merecida relevancia a ese primer intento de los Estados africanos independientes encaminado a lograr el establecimiento de un sistema solidario, no ocasional o improvisado, sino fruto de la reflexión y de la evolución.

La Conferencia de Tánger no puede ser parangonada, en cuanto a su modalidad y significación, con la reunida en Accra. Ante todo conviene señalar una nota diferencial: así como en Accra los concurrentes ostentaban significación oficial y representaban a sus respectivos Estados, en Tánger los reunidos actuaban como delegados de tres partidos políticos: el Istiqlal marroquí, el Destour tunecino y el Frente de Liberación Nacional argelino; es evidente que los dos primeros partidos citados controlan políticamente los destinos de Marruecos y Túnez, pero no es menos cierto que dicha condición provee a sus representantes de una perceptible libertad de movimientos para suscribir resoluciones que acaso no serían tan incondicionadas si en Tánger se reuniesen delegados

gubernamentales y no representantes de partidos políticos. Otra nota característica provee de visible originalidad a la reunión de Tánger: si el Istiqlal y el Destour actúan como agrupaciones políticas preponderantes de dos Estados independientes, no es ese el caso del Frente de Liberación Nacional, al cual no puede considerarse como único representante del pueblo argelino, ya que la supuesta representación que se adjudica precisaría ser refrendada por un voto popular, procedimiento de ratificación impracticable en tanto siga siendo realidad la guerra de Argelia. Frente a tal evidencia no puede invocarse como argumento el de que tanto el Destour como el Istiqlal reconocieron conjuntamente al Frente de Liberación Nacional como un igual, y lo reputan como el auténtico representante del nacionalismo argelino. Si hemos estimado necesario consignar las explicaciones precedentes, es por considerar que sólo teniéndolas presentes pueden valorarse adecuadamente las resoluciones finales de la Conferencia de Tánger; éstas abarcan cuatro extremos, en los cuales se trata de incluir todas las cuestiones que han sido objeto de análisis en la conferencia tangerina y que enumeramos seguidamente:

1. *Guerra de Argelia*.—Se considera que la única solución a tal conflicto consistirá en el reconocimiento del derecho imprescriptible del pueblo de Argelia a su independencia. Promesa del Istiqlal y del Destour, de aportar su ayuda total al pueblo argelino en la lucha por su independencia. Comoquiera que se alude genéricamente al pueblo argelino, se consideró preciso concretar dicha mención, y a tal efecto no sólo se reputa al Frente de Liberación Nacional como único representante de la Argelia combatiente, sino que se recomienda la inmediata constitución de un Gobierno argelino.

Las precedentes resoluciones sugieren más de un comentario. En primer término se habla, de un lado, del pueblo argelino, y se hace mención, de otro, de la Argelia combatiente, y al afirmar que el Frente de Liberación Nacional es «el único representante» de esta última, ¿se da a entender que tal condición no alcanza al pueblo argelino en general, sino únicamente a la Argelia beligerante, dejando inevitablemente al margen de tal representación a la población argelina que aspira a vivir en paz, y especialmente a los colonos y a la población europea? Si se contesta afirmativamente, la deducción es obvia: el Frente de Liberación Nacional, en el mejor de los supuestos, se consideraría como el representante

mayoritario del pueblo argelino, pero no como el *único* delegado, según se afirma en el comunicado final de la Conferencia de Tánger. Esto aparte, la condición de acentuada beligerancia que se asigna al Frente de Liberación Nacional («representante de la Argelia combatiente») da a indicar que en el caso de instalarse en el poder el Frente de Liberación Nacional se suscitarían recelos explicables por parte de la población no musulmana de Argelia. En segundo lugar, no estimamos adecuado identificar dos problemas que nos parecen indiscutiblemente distintos: la condición de Combatiente, asignada al Frente de Liberación Nacional, y el respaldo que la opinión pública argelina, tras una consulta electoral, organizada con toda suerte de garantías, pudiera otorgar al Frente de Liberación Nacional; tal confirmación debe reputarse como condición *sine qua non* para otorgar al Frente de Liberación Nacional la categoría que hoy ostentan, respectivamente, en Túnez y en Marruecos el Destour y el Istiqlal.

Se recomienda, previa consulta a los Gobiernos tunecino y marroquí, la constitución de un Gobierno argelino. Suponemos que sería al Frente de Liberación Nacional al que correspondería esa misión. Ahora bien, una vez constituido dicho Gobierno, ¿dónde fijaría su sede?, ¿en Marruecos?, ¿en Túnez? ¿Cómo se compaginaría su ubicación con el mantenimiento de relaciones diplomáticas normales de Túnez y Marruecos con Francia? ¿No se aprecia en la resolución citada que la redacción de la misma parece fruto de impremeditación?

2. *La ayuda dispensada a Francia por determinadas potencias.* Se acusa genéricamente «a ciertos países occidentales», y específicamente a la O. T. A. N., de prestar ayuda financiera y militar a Francia para sostener lo que se denomina «guerra colonial» en Argelia, y se hace saber que, caso de prolongarse dicha ayuda, se «consumaría la desafección del Maghreb árabe respecto de tales potencias». Se contiene aquí una amenaza que por su significación no debe pasar inadvertida. Se ha dicho, con razón, que el norte de Africa constituye la espalda de Europa, y se agregó que si ese sector africano se transformase en prolongación, más o menos directa, de Rusia, al continente europeo, y aún más concretamente a los pueblos mediterráneos, se les plantearía un problema de inmensa gravedad. Ahora se nos da a entender, de modo indirecto, que el Maghreb puede alinearse dialécticamente en el sistema de la política internacional pendular, oscilando entre el Este

y el Oeste, aseveración que no concuerda con la inclinación de Túnez y Marruecos, tendente a no enfeudarse a la política internacional filocomunista de la R. A. U.

3. *Secuelas de la dominación colonial en el Maghreb árabe.*—A tenor de lo contenido en la declaración de Tánger, se persigue como una finalidad lograr la eliminación de las secuelas del sistema colonial, que se conecta específicamente a la presencia de fuerzas extranjeras en Marruecos y Túnez; tras esa mención genérica se consigna una alusión específica a las fuerzas francesas. ¿Debe considerarse que la mención atañe tan sólo a la presencia de efectivos franceses en Túnez y Marruecos, no incluyendo en la solicitada evacuación a los efectivos militares de los Estados Unidos y a las bases que hoy detenta Norteamérica en territorio marroquí? Nos parece un poco extraño que a la presencia en Marruecos de efectivos militares norteamericanos se les asigne la condición de secuelas de dominación colonial, habida cuenta de la inclinación anticolonista, perceptible en la política internacional posbélica de los Estados Unidos.

Se alude igualmente en las citadas resoluciones de Tánger a la solidaridad activa que habrá de dispensarse a la lucha por la liberación de los pueblos de Mauritania, mención peligrosa precisamente por la notoria indeterminación de los términos que se emplean.

4.ª *La unidad del Maghreb árabe.*—Se asigna al problema de la unidad del Maghreb árabe una especial atención, considerándolo como cuestión fundamental en la Conferencia de Tánger. No se ofrece una adecuada caracterización de cuáles habrán de ser las actividades de la Unión Maghrebina, si ha de actuar como inteligencia regional autónoma, sin adscribirla al Este ni al Oeste; tampoco se estatuye en lo que atañe a las relaciones de esa Unión Maghrebina con Francia, ni se determina si ese proyecto se adopta o discrepa del formulado por Félix Gaillard, concerniente a un pacto del Mediterráneo. Lo que sí se percibe es la influencia que sobre el ánimo de los reunidos en Tánger han proyectado las recientes aglutinaciones registradas entre las naciones del Oriente Medio (República Unida Árabe y Federación Jordano-Irakí). Diríase que en el ámbito del mundo árabe el federalismo ha sido acogido como instrumento adecuado para rehacer y vitalizar aquello que, formulado con notoria anticipación (la Liga Árabe), evidenció su carencia de contenido biológico. circunstancia que re-

quería el reemplazo de lo artificioso por lo tangible y realizable. Se propugna el sistema federal como insustituible instrumento para posibilitar la constitución de la Unión Maghrebina, lo cual quiere decir que se aspira a refundir las respectivas políticas internacionales autónomas de Argelia, Túnez y Marruecos en una acción concorde, siguiendo la orientación de la República Árabe Unida y de la Federación Jordano-Irakí. A nuestro entender, la aparición de esa nueva entidad internacional en el mundo maghrebino contribuirá a clarificar el problema de Africa del Norte, pero lo que aún pertenece al futuro es el determinar si pueden ser objeto de acoplamiento las inclinaciones de Túnez, Marruecos y Argelia.

Se prevé la suspensión en la realización de esa propugnada acción solidaria y concorde en el orden internacional, por cuanto se estipula que en tanto no sea instituída esa Federación Maghrebina, ninguno de los tres Estados árabes debe adquirir compromisos en lo que atañe al modo de encauzar tanto el problema de su política internacional cuanto la cuestión de su defensa. Lo que ya no parece tan claro es el determinar cuál habrá de ser la posición de Marruecos y Túnez en ese interregno que se prevé, ya que ninguno de estos dos Estados puede vivir al margen de las inquietudes internacionales, menos aún en una zona tan indiscutiblemente neurálgica como lo es la región maghrebina, tanto más cuanto que no puede predecirse cuándo la aspiración tendiente a lograr la independencia argelina dejaría de constituir una aspiración para transformarse en realidad.

Si ahora nos desconectamos de los cuatro problemas enumerados y proyectamos genéricamente nuestra atención sobre la integridad de la cuestión maghrebina, cabría deducir que las notorias imprecisiones que se traslucen a través del contenido de las resoluciones finales de la Conferencia de Tánger, e incluso las contradicciones que pueden deducirse de tales acuerdos, dimanen fundamentalmente de una circunstancia: la de que no parece adecuado situar en un pie de igualdad a tres colocutores, de los cuales uno no puede considerarse como Estado constituído, en tanto los otros dos responden perfectamente a la condición de entidades independientes; de las propias resoluciones aprobadas se deduce que a la proyección de tal evidencia no han podido sustraerse los representantes del Istiqlal. Destour y Frente de Liberación Nacional cuando se decreta el diferimiento de los problemas concernientes a su defensa y a su política internacional, hasta que el

Maghreb no se haya constituido en entidad federal, aplazamiento requerido por la circunstancia de que no es posible aprobar un pacto federal, concluido entre tres signatarios, de los cuales uno de los firmantes no ha alcanzado hasta el presente la condición de Estado soberano. Que las resoluciones de Tánger pueden considerarse como elemento inspirador del futuro Maghreb puede ser interpretación defendible, pero con el transcurso del tiempo cabe suponer que ese proyecto maghrebino exija no sólo retoques, sino modificaciones de tipo fundamental, y sea cual fuere el pensamiento de los colocutores tangerinos no puede ocultarse a su penetración y a su sentido de posibilismo que construir un Maghreb, desentendidos sus elementos integrantes de la realidad europea, constituye propósito de tal modo dislocado que su inviabilidad salta a la vista.

Como última consideración conviene consignar la que sigue: Pocos días después de clausuradas las actividades de la conferencia tangerina, se producía en el seno de ese planeado Maghreb algo que le afecta de un modo grave: aludimos a la secesión de las autoridades argelinas respecto de la metrópoli, experiencia de alto interés, ya que acaso por vez primera en la historia asistimos a un intento inédito: el representado por unos departamentos franceses de Africa que rompen su acatamiento a la metrópoli, no para así iniciar el camino de una secesión política —como ocurre habitualmente en esta clase de movimientos—, sino para acentuar la tesis de la indisolubilidad argelina respecto de Francia. Sería aventurado formular profecías respecto a cuáles pudieran ser las consecuencias de esa secesión (escribimos estos comentarios en la segunda decena del mes de mayo), pero no parece tan aventurado sostener que en cualquier supuesto la crisis gravísima que se ha producido en Argelia puede afectar directamente a la posición del Frente de Liberación Nacional, por cuanto nadie puede hoy anticipar cómo reaccionará la población musulmana de Argelia, explícitamente perpleja, ante ese acto de fuerza e insubordinación que introduce un factor nuevo en el modo de plantearse el problema argelino; el mutismo y la perplejidad, visible, por lo menos hasta este instante, tanto en Rabat como en Túnez, no puede considerarse más que como el fruto de la sorpresa. Téngase, además, presente que la amenazante crisis abierta en Argel no sólo alcanza en sus repercusiones a la metrópoli y a los departamentos franceses de Africa, sino que puede generar una honda crisis en la O. T. A. N. y

repercutir, consiguientemente, en el problema de la defensa de Europa. Se ha dicho que puede entrar en función el artículo 6.º del Pacto Atlántico, en el cual, en ejecución de lo dispuesto en el artículo 5.º («las Partes convienen que un ataque armado contra una o varias de ellas, acaecido en Europa o en América del Norte, será considerado como un ataque armado contra todas las partes, y en consecuencia acuerdan que si un tal ataque se produce, cada una de ellas... asistirá a la parte o partes así atacadas, adoptando seguidamente, individualmente y de acuerdo con las otras partes, incluso el empleo de la fuerza armada para restablecer y mantener la seguridad en la región del Atlántico Norte») se dispone que «se considera como ataque armado el realizado... contra los Departamentos franceses de Argelia». Ahora bien. ¿entra entre las previsiones del artículo 5.º el supuesto de la secesión ahora registrada y sostenida por las autoridades militares francesas de Argelia? Responder afirmativamente nos parecería notoriamente aventurado, ya que en Argelia propiamente no se ha registrado un ataque armado, sino una negativa por parte de las autoridades militares argelinas a permanecer inactivas ante lo que se considera como indisculpable dejación del poder político metropolitano.

Alguien afirmó que la realidad es cien veces más fecunda que la fantasía, y por ello puede ser portadora de sorpresas que excedan ampliamente a la más cumplida previsión. Lo que ahora se está registrando en lo concerniente a las relaciones de Argelia con Francia y de éstas con el Pacto del Atlántico entra de lleno en la técnica de esas posiciones de desequilibrio existente en lo previsto y lo consumado. ¿Qué sucedería si Francia alegase ante sus cosignatarios del Pacto Atlántico que ha entrado en función lo previsto en el artículo 6.º de dicho Convenio? Plantear semejante problema equivaldría a registrar la aparición de una peligrosa crisis en el seno de la comunidad atlántica e incrementar, en la misma medida, la confusión hoy imperante en el ámbito del denominado mundo libre. Sería cuestión de reconsiderar el complejo problema planteado por la coetaneidad de un colonialismo que se pretende prorrogar y la de un anticolonialismo, no construido dialécticamente de acuerdo con normas de exigible prudencia.

LAS TRIBULACIONES DE MR. NIXON

Vivíamos nosotros en la capital de los Estados Unidos cuando era huésped de la Casa Blanca Herbert Hoover. Se había clausurado la Conferencia Internacional Americana, reunida en la Habana en 1928. Entre los problemas incluidos en el orden del día de la Conferencia figuraba el concerniente a Bases fundamentales del Derecho Internacional y Estados. Se trataba de incorporar a una Convención, lo que constituía el artículo 3.º del Proyecto de la Comisión de Juristas de Río de Janeiro, así formulado: «Ningún Estado podrá intervenir en los asuntos internos de otro.» Así se aspiraba a desterrar del Hemisferio Occidental la gran mácula que pesaba sobre el Nuevo Mundo. Pero en la VI Conferencia Internacional de la Habana se produjo un escamoteo, al formular el ponente Dr. Maurtua un proyecto en el cual no aparecía consignado el citado artículo 3.º Ese sorprendente reemplazo levantó explicables protestas en el seno de la Conferencia. Uno de los abogados de la sustitución propuesta por Maurtua fuera el delegado norteamericano, Mr. Hughes, que sin atreverse a defender el principio de la intervención —soslayado en la ponencia Maurtua— apoyaba la tesis de la *interposición*, que, en esencia, no representaba otra cosa que legitimar lo que se denominaba «mal de América». Es así como la Conferencia de la Habana no pudo hacer frente al problema de la intervención, ni lograr su destierro, finalidad que, afortunadamente, iba a alcanzarse al concertarse en la VII Conferencia Internacional Americana de Montevideo (26 de diciembre de 1933) la Convención sobre los Derechos y los Deberes de los Estados, en cuyo artículo 8.º se dispone: «Ningún Estado tiene derecho a intervenir en los asuntos interiores de otro.»

Explicablemente, el episodio registrado en el curso de la Conferencia de la Habana generó al sur de Río Grande un clima de desasosiego y disconformidad. Para hacer frente a esa evidente crisis de solidaridad interamericana se idearon en Washington los denominados «viajes de buena voluntad», en alguno de los cuales participó el entonces Presidente de los Estados Unidos. Así se atenuaba una afección, cuya eliminación habría de correr a cargo del Presidente Franklin Delano Roosevelt, primero reemplazando el sistema, notoriamente impreciso, de los «viajes de buena voluntad» por la «política del buen vecino», y más tarde haciendo que esta in-

clinación cordial cristalizase en la solemne condena del sistema de la intervención. Se había registrado de ese modo una transformación en la política internacional americana, a la cual prestaban atención preferente los Estados Unidos, sin que la instalación de Franklin D. Roosevelt en la Casa Blanca afectase a la vigencia del aislacionismo norteamericano, tan acentuado e increíblemente defendido, que logra prolongar su imperio hasta octubre de 1939, e incluso sobrevivió, continentizándolo, al estallido de la segunda guerra mundial. Fué preciso que en las puertas de los Estados Unidos sonase el aldabonazo siniestro de Puerto Perla para que Norteamérica se decidiera a inhumar aquel cadáver, que, como un espectro, paseaba su sombra anacrónica a lo largo y a lo ancho de los Estados Unidos.

En el año 1945 se ven los Estados Unidos enfrentados con un relevante trance histórico. Habían logrado, aun después de ingresar en el campo de la beligerancia, que la secuela del aislacionismo acusase su presencia, como lo evidencia plenamente el estudio del contraste de la política internacional norteamericana, parangonada con la puesta en práctica por los otros aliados de los Estados Unidos. Así como Francia e Inglaterra habían firmado, respectivamente, con Rusia los tratados de alianza de 10 de diciembre de 1944 y 26 de mayo de 1942, los Estados Unidos, fieles a la técnica propugnada por Jorge Wáshington, de clara repulsa hacia cuanto implicase signar tratados permanentes de alianza, rehusaron firmar pactos de tal índole. Como única excepción puede citarse la Carta del Atlántico, concertada entre los Estados Unidos e Inglaterra, pero que no constituye un pacto de alianza, sino una declaración de principios, inspiradores, en cierto modo, de los que habrían de incluirse en el Preámbulo y en el Capítulo I de la Carta de las Naciones Unidas.

De los ojos de los Estados Unidos se desprende la anacrónica venda aislacionista, y sin preparación adecuada se ven repentinamente situados ante un mundo posbélico, perplejo, vacilante y prostrado. De ese modo, sin transición, los Estados Unidos se ven precisados a saltar desde las costas del aislacionismo a la dilatación de los cinco mundos y a la inmensidad de los siete grandes mares. Deslumbrados por el nuevo espectáculo, los aun más tozudos que beatíficos propugnadores del aislacionismo consideraron, impulsados por su increíble obsesión, que no todo estaba perdido; que era posible evitar el trance del salto mortal, del aislacionismo al uni-

versalismo, y cada exégeta, atenido a su específica versión del problema internacional, consideró que a los Estados Unidos se les esperaba todavía una coyuntura: cargar el acento de su política internacional en uno u otro continente, preferencia que significaría relegamiento respecto de otros problemas. De tal guisa asomaron tesis disidentes, mantenidas con coetánea disparidad, por los que propugnaban por intentar, en un desesperado esfuerzo, lograr la localización de la política internacional norteamericana, y cuando se interrogaba a los medios políticos estadounidenses, tres sectores de los mismos se repartían en grupos desiguales, el de los europeizantes, el de los asiaticantes y el de los americanizantes. Afán de parcelar la política internacional norteamericana, disculpable aun cuando no justificable, por los que no se habían liberado de los efectos de un desencanto, explicable por parte de quienes no dudaron en elevar el aislacionismo al prócer rango de constante histórica de la política internacional norteamericana. Todo aquel increíble sueño habría de esfumarse ante la proyección de una implacable evidencia: necesidad de concebir la política internacional norteamericana a escala global, renunciando definitivamente a cuanto implicase su parcelamiento y haciendo frente a un inaplazable problema: construir la política internacional de los Estados Unidos a escala universal, procurando liberar su contenido de cuanto significase contradicciones paralizantes. Tarea gigantesca, para la cual no estaba adecuadamente preparado un pueblo adormecido, durante siglo y medio, por el opio del aislacionismo.

Así se inicia para los Estados Unidos un auténtico calvario, cuyo punto de arranque podemos situar en 1949. Ya la propia inestabilidad del mundo posbélico actuaba como elemento agravante de los problemas internacionales, pero esa crisis se acentúa, localizándose un día en Corea, otro en Indochina, más tarde en el Oriente Medio, actualmente en Francia y en Africa del Norte. Difería la técnica norteamericana según se iban sucediendo los problemas; más o menos acentuada solidaridad con sus aliados en Corea e Indochina, acción singular y desligada de sus colaboradores (en este caso Francia e Inglaterra) en lo concerniente a la crisis que se abre paso en el Oriente Medio en el otoño de 1956.

Pese a la inquietante complejidad de que eran portadores los problemas citados, algo podía colegir el espectador del examen del panorama internacional: polarización de la política internacional norteamericana en Asia, Oriente Medio, Norte de Africa y, en la

misma medida, alejamiento de Wáshington de los problemas planteados al sur del Río Grande. Tal vez los Estados Unidos, pese a su enorme potencia y a sus buenos deseos, no disponían de medios adecuados para acudir a todos los rincones de la tierra, y abocados al trance de señalar preferencias consideraron oportuno distanciar-se visiblemente de los problemas específicamente interamericanos, alejamiento inadecuado, habida cuenta de que al sur del Río Grande se registraban evidentes síntomas de creciente malestar económico, político y social.

En este clima americano van a tener lugar los desplazamientos confiados a la probada discreción del Vicepresidente Nixon, cuya buena voluntad como visitante no es dable lícitamente ser puesta en tela de juicio. La América situada al sur del Río Grande se consideraba víctima de la dejación norteamericana, y esa achacada ausencia de inquietud solidaria explicablemente había de dar paso a una reacción de creciente resentimiento.

Posiblemente el lector oponga más de un reparo al intento explicativo que dejamos expuesto, habida cuenta de que en el actual período posbélico se registra una visible y, según nuestro parecer, condenable inclinación a simplificar los problemas internacionales y a ofrecer de los mismos imágenes no tan sólo disecadas, sino trastocadas. En este sentido conviene tener en cuenta cómo, para algunos exégetas, es la mano oculta, sinuosa e implacable del comunismo la que ha provocado esas manifestaciones, tan acentuada y condenablemente hostiles, que se ofrecieron al paso de Mr. Nixon por algunas tierras sudamericanas, especialmente en el Perú, Colombia y Venezuela. Nada tan lejos de nuestro ánimo como el contradecir abiertamente la referida versión. El comunismo, rusificado y así transformado en instrumento específico del imperialismo ruso, aspira a lograr su universalización ambición inherente a una potencia, cual la U. R. S. S., que abriga el propósito de convertirse en cosmocracia. Ello nos parece evidente, pero no juzgamos menos innegable que el comunismo no hace uso sistemático de su beligerancia, desentendiéndose de las coyunturas, más o menos explotables, que se le brindan. Indaga previamente si los climas políticos, económicos y sociales le son propicios, y una vez realizada tal encuesta orientadora, va sembrando sus doctrinas, con más o menos acentuada preferencia, en distintos lugares del mundo. Allí donde impera la estabilidad social, la salud política y un más

o menos acentuado bienestar económico, el comunismo irremediablemente pasa a la categoría de planta exótica e inapta para la exportación.

Comprendemos lo que tiene de cómodo el sistema de cargar sobre el comunismo no sólo las responsabilidades que pueden y deben serle achacadas, sino todos los contratiempos que se generan y que acentúan la incomodidad de quien los padece, pero no radica el problema en el afán de ahorrarnos torturas mentales, sino en la conveniencia de valorar las cuestiones de modo objetivo y un equilibrio exegético, utilizado como base normativa de orientación, nos llevará inevitablemente a considerar el calvario recorrido por Mr. Nixon (trance al que supo hacer frente, con laudable entereza y alta comprensión) debido en parte no desdeñable a la responsabilidad que recae específicamente sobre los Estados Unidos, al anteponer otras preocupaciones a las netamente interamericanas. Nuestra tesis parece encontrar refuerzo dialéctico en las reacciones registradas en los medios políticos de Washington D. C., donde se aconseja, como tarea inaplazable, la de inquirir, respecto a la amarga experiencia padecida por Mr. Nixon y deducir de tal encuesta hasta qué punto y en qué medida los Estados Unidos, con su apartamiento de los problemas americanos, han posibilitado la aparición de ese clima de disconformidad, que Mr. Nixon pudo calibrar; en este sentido sus tribulaciones no habrán sido baldías, y la experiencia recogida puede concurrir en el sentido de enderezar la política internacional norteamericana en el Hemisferio Occidental, reinstalándola en forma adecuada para neutralizar la evidente crisis de solidaridad interamericana, hoy perceptible en el Nuevo Mundo. Claro está que sería notoriamente injusto achacar a los Estados Unidos la entera responsabilidad por la aparición de esa inclinación dispersiva, ya que las Repúblicas situadas al sur del Río Grande deben hacerse cargo de que algo ha cambiado en el mundo, encontrándonos lejos de aquellos tiempos felices del panamericanismo y que las responsabilidades norteamericanas en política internacional se han incrementado en proporciones que no siempre resulta fácil hacerles frente.

Si el lector se toma la molestia de consultar en el volumen 95 de esta REVISTA nuestro habitual «El ayer, el hoy y el mañana internacionales» («La dispersión económica del Nuevo Mundo y la coyuntura europea», págs. 197-202) podrá deducir de tal lectura

cómo en 1957, aludiendo a la Conferencia Económica Interamericana de Buenos Aires, hacíamos referencia a la posición norteamericana, más bien de desentendimiento, y cómo esa postura podía generar una crisis de solidaridad en el Hemisferio Occidental. Los recientes acontecimientos producidos con ocasión del viaje de Mr. Nixon parecen justificar alguna de las advertencias que entonces formulábamos.

CAMILO BARCIA TRELLES

